

LA BESTIA, EL HOLANDÉS Y LA EUROCOPIA DEL 88

Carlos Mejía Vergara

Era fin de año y el rumor se expandía: "Van a cambiar a Ángelo, huevón", "Mentira, me estás vacilando", "Es verdad. El negro escuchó a su vieja hablar con la directora, ya lo botaron". Era cierto, cual exorcismo, la bestia iba a ser expulsada. El porqué era sencillo: se había metido con el estudiante equivocado. Hacía un par de meses, un alumno recibió una sesión de callejón oscuro por la simple razón de ser nuevo en el salón; pagó derecho de piso, como dicen. ¿De quién era hijo el damnificado?, pues de la misma directora que lo estaba "invitando" a cambiarse de colegio. Ángelo Motta estaba condenado.

Las cornetas de D'Onofrio sonaban: había llegado el verano.

—¡Mamá!, ¡cómo se te ocurre cambiarme?! —reclamaba Ángelo.

—Hijito, es por tu bien. Este año has estado muy inquieto. Por hacerle esa broma al chiquito ese me han hecho un problemón. Yo no tengo tiempo para que me estén mandando citaciones y todo eso, papito.

—Pero ma, me hubieras dicho pes' y pedía disculpas, no sé. Nunca me consultas nada, yo ya estoy grande ya.

—Ya te matriculé en otro sitio, no hay vuelta que darle. Este colegio no es tan bonito, pero no voy a estar pagando tanto para que te comportes así. Lo siento, hijito —le dijo su mamá, cerrando la puerta de la casa.

El lunes marcado con una equis en su calendario llegó. No pudo dormir ni un

minuto la noche anterior. Tras el incitar los escalofríos de un puñado de secciones durante nueve años, ya no recordaba qué era sentirse nervioso. En lo que demoraba el trayecto de San Miguel a Breña, ya estaba adentro. Nunca había estado en la celda de un penal, pero creyó que debía ser similar a ese salón: lunas con rajaduras, huecos cubiertos con *masking tape* y marcas de *liquid paper*. Su pintura color helecho obstruía la luz solar que apenas podía escurrirse entre corazones y nombres de barras bravas.

—Habla, a ti no te conocemos, ¿cómo te llamas?
—dijo un chico, mientras varios de sus compañeros lo rodeaban.

—¿Ah?, Ángelo, Ángelo.

—Chévere tu mochila, yo tenía una igualita pero una de estas lacras me la peló

—Se acercó hurgándola—. ¿AL?, ¿eso significa Alianza Lima?, porque para que diga "amo la rata" falta una letra —Motta se quedó callado—. Quién lo diría: nuevo y cagón.

—¿Tan rápido viene a chocar? Qué faltoso, ya verá cómo son las cosas por acá —dijo uno de ellos, mascando chicle como si fuera tabaco. Ángelo bajó la mirada: sus piernas temblaban.

Aquellos bimestres fueron nefastos. Empezaron mal desde la primera vez que puso un pie dentro del colegio. Cada día se levantaba pensando en alguna forma de caerle bien a sus nuevos compañeros; pero ni poniendo una "U" sobre su mochila pudo hacerlo, ya era el blanco predilecto de cualquier broma posible. Sus puntiagudos cabellos, piel morena y corpulencia notoria le valieron apodos que iban desde Carlos Raffo hasta Pumba. Pero esto era poco. Fue un sábado, en la kermés, donde todo iba a empeorar.

—¿Cuánto es para meter a alguien?, habla —preguntó un chico al encargado de cuidar una improvisada jaula instalada en el colegio.

—Dos soles, amigo.

—Y para meterle harina, pica-pica o alguna huevada, ¿mismo precio? —se dibujaba una sonrisa maliciosa en su cara.

—Un sol más, amigo.

—Ya, gente, la chanchita al toque. Mauricio, huevón, saca la cámara de una vez.

Felices, cada uno de los compañeros de Motta juntó el sencillo que encontraron en sus billeteras. Después de correr por todo el colegio, lo encontraron y lo llevaron a la "cárcel".

—¡Suéltlenme!, no sean payasos tampoco —exclamaba Ángelo, desesperado.

—Ya, al toque, imétanlo, métanlo! —gritaba la cada vez más fervorosa multitud.

—Amigo, pasa, tus amigos ya me han pagao' —le decía calmadamente el encargado. Motta ya estaba adentro.

—Ya, ila harina!

—¿Qué?, ya me metieron. Tampoco sean así. No, mi ropa se malogra. No sean malos...

—Acá está, ya, filma, filma... iuno!, idos!...

Tres mil visitas tuvo en YouTube el video titulado *El bingo de Motta*. El sentimiento de humillación había llegado a su pico. Tenía que hacer algo ya. Él debía atacar a alguien, la única forma que le quedaba para ascender en la jerarquía escolar. Evocando sus viejas mañas, estudió a sus compañeros minuciosamente para detectar una potencial víctima. La encontró. Philippe Meeus o Meón, como le decían por el padecimiento de una leve incontinencia; aun vestido de piraña no parecería amenazante: flaquito, pálido, rubio, lentes de señora. Era un holandés varado en Lima, pues sus padres quisieron ir al Cusco para experimentar el misticismo de la ciudad incaica, pero decidieron quedarse con sus drogas en la capital para ganar algo más de dinero. Era el blanco perfecto. Nadie lo molestaba, pues no entendía del todo las bromas que le hacían. De cualquier forma, Ángelo empezó a idear su plan:

—Ta mare, ¿cómo lo cago?... a ver, si le pego en el colegio, me chapa esa vieja de la coordinadora y me expulsan. No. Podría meterle algo a su mochila o echarle goma a su carpeta, pero por las huevas porque cómo saben que fui yo... iya está!, voy a torturarlo. Lo pongo en una silla, no, qué pongo, lo amarro a una silla mientras... le saco la mierda con cualquier cosa que encuentre, como esa película sau, sou, esa huevada. Una cosa suave nomás, por ahí y hasta se hace pichi como en el salón, jaja. Lo subo al YouTube y a ver quién va a acordarse de mi video. Ahora tengo que hacerme su pata.

Conseguir su amistad no fue un trabajo difícil para Ángelo, Philippe pasaba los recreos solo y no le venía mal alguien que lo acompañara. "¿Eres del Ajax?, Edgar Davids: el mejor volante central de la historia", "Amsterdam, qué chévere ciudad: todo legal", "Doutzen Kroes, uuuf, incomparable con las huachafas de acá". Cada frase, previa búsqueda en Google, estaba destinada a caerle bien al incauto extranjero que observaba con orgullo a Motta. "Tú tsabes apjeciar lo bueno", decía siempre.

Ángelo ya tenía a Meón en la palma de su mano y finalmente decidió actuar:

—Hola Anguelo. ¿Cómo etstats?

—Habla Phil, acá bien pe loco. Tío, te he traído algo. Manya esta huevada: Eurocopa del 88: Holanda campeón —dijo mientras besaba el estuche—, DVD con todos los partidos y entrevistas con los jugadores. Recién quemadito, tú dirás: lo vemos.

—Perro el DVD de mi catsa ha desaparecido, ¿cómo lo vemots?

—Pero normal, hermano, mi jato está libre, vamos después del cole. Qué

pasa, ¿me vas a cancelar? —cayó una gota de sudor de su frente.

—Ya puets, vamots.

—Ese es mi causa.

Sin perder tiempo, ambos partieron. Una extraña felicidad iba manifestándose en la sonrisa de Motta, para él ya era misión cumplida. Llegaron. Ángelo le ofreció una silla e introdujo el disco en el reproductor de la sala. “Oe voy a traer jugo”, le dijo. Mentira, fue a traer la sogá con la que lo amarraría. Iba a atacarlo desprevenido mientras él se concentraba en el partido. “Ya está, ahora es”. *Dasayev despeja para Unión Soviética*. ¡Ya, conchatumadre!. ¡Suéltamue!, ¿qué hacets? *Rijkaard safa de la marca y avanza*. ¡Ya te cagaste pe, te cagaste —gritó Ángelo, mientras sujetaba torpemente la sogá. *La roba Rats y desborda por la banda, pero la recupera Wouters y se viene el contragolpe*. ¡Uhm, argh, suéltamue!, ya te frejastets. *Savarov cae al suelo*. ¿Qué hace esta cámaja acá? *El árbitro*

muestra la amarilla, Litovchenko le reclama. Oe, tío, tranqui, suéltame pe, era de broma. Au, au, tranquilo, ya fue, perdón, era un video gracioso que quería grabar para el YouTube. ¡No pe!

Philippe amarró fuerte a Ángelo con la sogá que habían traído para él.

—Te voy a ayudaj a grabaj tu video, querido amiguo.

Durante diez minutos, sin incluir descansos para tomar jugo, Philippe utilizó toda la pintura, agua sucia, objetos cortopunzantes y demás cachivaches para torturar a la pobre bestia que había sido nuevamente vencida. Para su buena suerte, este nuevo video terminaría de confirmar al pobre Motta como un viral de la web. *La tortura de Motta* fue parodiada alrededor del mundo, sincronizando partidos memorables con las imágenes *soft-gore* de adolescentes martirizados. Esto le permitiría vender *merchandising* a montones y ser el ícono de su colegio y los adolescentes víctimas de *bullying*. Tal vez no lo pensó así, pero Ángelo se convirtió en el chico más popular de su colegio y del Perú en el ciberespacio.

—*Gooooooooool de Van Basten*—sonaba en el televisor, mientras un líquido amarillo se traslucía en el pantalón de Ángelo.